

Como encontrar la felicidad

Por J.C. RYLE

Una vez un ateo estaba dirigiendo la palabra a una multitud al aire libre. Intentaba convencer a la gente que no existía un Dios, ni un diablo, ni un cielo, ni un infierno, ni la resurrección, ni el juicio, ni una vida venidera. Les aconsejó botar sus Biblias y olvidarse de lo que decían los predicadores. Les recomendó pensar como él pensaba y ser como él era. Habló en forma atrevida. La muchedumbre escuchaba vehementemente. Era “el ciego guiando al ciego.” Ambos estaban cayendo en el hoyo. (Mateo 15:14).

En medio de su discurso una pobre anciana repentinamente se abrió camino entre la multitud hacia el lugar donde estaba el hombre. Se paró delante de él. Le miró directamente a los ojos y preguntó en voz alta: “Señor, ¿es usted feliz? El ateo la miró desdeñosamente y no le respondió. “Señor,” dijo nuevamente, “le pido que responda mi pregunta ¿Es usted feliz? Usted quiere que tiremos nuestras Biblias. Nos pide que no creamos lo que dicen los pastores sobre la religión. Nos aconseja pensar como usted y ser como usted. Ahora, antes de seguir su consejo tenemos el derecho de saber qué ganaremos con eso. ¿Le dan sus nuevas y bellas ideas mucho alivio? ¿Se siente realmente feliz?”

El ateo se detuvo y procuró responder la pregunta de la anciana. Tartamudeó, habló en forma evasiva, se inquietó y trató de explicar su intención. Intentó intensamente de cambiar el tema. Dijo que “no había venido para predicar sobre la felicidad.” Pero era inútil. La anciana no abandonaba su lugar. Insistía en que respondiera su pregunta, y la multitud la apoyaba. Instó en su pregunta con ahínco y no quería aceptar excusas. Y finalmente el ateo se vio obligado a abandonar el lugar y escabullirse en confusión. No pudo contestar la pregunta. Su conciencia no le dejaba: no se atrevía a decir si era feliz.

Para ser verdaderamente feliz se deben satisfacer las principales necesidades de la naturaleza humana. Todas las demandas de su curiosamente elaborada constitución tienen que ser cumplidas. No tiene que haber algo en él que exclame: “Dadme, dadme”, de lo contrario gritaría en vano y no recibiría respuesta.

El verdadero cristiano es el único hombre feliz, porque su conciencia está en paz. Ese misterioso testigo de Dios, colocado tan misericordiosamente entre nosotros, está completamente satisfecho y tranquilo. Ve en la sangre de Cristo una limpieza total de toda su culpa. Ve en el sacerdocio y la mediación de Cristo una respuesta completa para todos sus temores. Ve que por medio

del sacrificio y la muerte de Cristo, Dios ahora puede ser junto, y aun ser el justificador de los malvados. Ya su conciencia no lo atormenta ni le atemoriza de sí mismo. El Señor Jesucristo ha satisfecho ampliamente sus necesidades. La conciencia ya no es el enemigo del verdadero cristiano, sino su amigo y consejero. Por lo tanto es feliz.

La sencilla verdad es que sin Cristo no hay felicidad en este mundo. Solamente Él puede dar al Espíritu Santo quien permanece para siempre. Él es el sol; sin Él el hombre nunca sentirá calor. Él es la luz; sin Él el hombre siempre estará en la oscuridad. Él es el pan; sin Él el hombre siempre estará hambriento. Él es el agua viva; sin Él el hombre siempre estará sediento. No importa lo que le dé o donde lo ponga; aunque rodee al hombre con todas las comodidades imaginables, no será feliz. Separado de Cristo, el príncipe de paz, el hombre nunca será feliz.

Venga a Él, rogándole que le muestre Su misericordia y le conceda Su salvación; que le limpie con Su propia sangre y quite sus pecados; que llene su conciencia de paz y sane su alma afligida. Dígale todo esto sin reserva. Esto es venir a Cristo.

Tiene de todo para estimularlo. El mismo Señor Jesús le invita. Él le dice tanto a usted como a todos los demás: “Venid a mí, todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga.” (Mateo 11:28-30). No espere más. Puede que se sienta indigno, puede que crea que no se ha arrepentido lo suficientemente. Sin embargo, no espere más y venga a Cristo.

Existe suficiente incentivo. Miles de personas han caminado el camino donde hoy es invitado a caminar, y lo han encontrado bueno. Una vez, al igual que usted, ellos servían al mundo y se hundían en insensatez y pecado. Una vez, al igual que usted, se cansaron de sus iniquidades y anhelaron salvación y descanso. Escucharon de Cristo y sobre Su buena voluntad para ayudar y salvar; llegaron a Él por fe y oración, y después de muchas dudas y titubeos, lo encontraron miles de veces más misericordioso de lo que habían esperado. Descansaron en Él y fueron felices; cargaron su cruz y experimentaron paz. ¡Camine en sus pasos! Le suplico, por las misericordias de Dios, venir a Cristo. Será más feliz de lo que jamás será. Le invito que venga a Cristo. No lo posponga más. Despierte de su último sueño. ¡Levántese y sea libre! Venga este día a Cristo.

Invitación Si deseas conocer al Señor Jesucristo como tu Salvador, envíanos tu nombre y dirección, (escribe en mayúscula) y te enviaremos un ejemplar gratuito del folleto, “El perdón de los pecados y la seguridad de tener paz con Dios” por el reverendo W.J. Patton. Dirige tu carta al Revival Movement Association, 2 Clara Street, Belfast, BT5 5GB., N. Ireland. U.K. - www.revivalmovement.org